

La noche estaba tibia, olía el ambiente a un suave aroma de lavanda y jazmín proveniente del vecino jardín, que se colaba por la ventana abierta, entre los velos que apenas se mecían con la modorra del aire quieto, casi estático. La casa respiraba, toda ella como un solo pulmón en la tranquilidad del sueño de sus habitantes, pero había algunos que velábamos, a la espera de la presa que debía venir. Mi mullido lecho de trapecionista, cuya blandura y resistencia invitaban al inocente reposo o a un juego de trampolín, escondía la adhesiva viscosidad necesaria para asegurar que una escapatoria fuera imposible. Más aún, cual arenas movedizas, a mayor empeño en liberarse, las ataduras no solo retienen, sino que envuelven y asfixian. El mínimo estímulo, la más sutil vibración de mis redes es transmitida como una secuencia melódica hasta mi, por lo que mi tela es digna de ser considerada como un sistema nervioso extracorpóreo al servicio de su generadora.

El suavísimo rumor de un batir de alas se aproxima y me concentro en mi redes, vivas extensiones de mi cuerpo, son mis otras extremidades y mis casi inútiles ojos. El aire meloso me llega en ondas suaves y me indica que el visitante está ya muy cerca. De pronto, como si un meteoro hubiera caído sobre el suelo, se siente el impacto del cuerpo que colisiona con la elástica blandura, generando una onda tan grande como un tsunami que me regocija con igual satisfacción que un paciente pescador de orilla constata su línea en brusca tensión. La diferencia es que aquí no hay carnada, solamente el obstáculo invisible, el anzuelo para el desprevenido, el incauto o el necesitado. ¿Por qué volar a estas horas de la

Doncan

noche? No lo sé y no me importa. Los insectos son así, impredecibles, descuidados, golosos, caprichosos, efímeros. Parecen estar hechos como alimento perecible con vencimiento de corto plazo. Apenas constato las réplicas de la gran onda casi extinguidas, comprendo que las energías de resistencia están agotadas y que la presa, así pacificada por propia iniciativa será dócil al sacrificio.

La ventana está abierta, aquellos blancos velos son como nubes sedosas o algodinosas como las que nunca alcanzaré, porque mi vuelo es a ras de tierra, funcional, sin la elegancia del cóndor o el águila. Solo vuelo por comida, depreciando el valor omnívoro que todas las civilizaciones han conferido desde siempre a las alas y a los seres alados, símbolo de una libertad superior, de la rebelión a la fuerza de gravedad. Esta noche es algo especial. El aire que baten mis élitros es dulce, impregna mi cuerpo y me invita a volar solo por hacerlo, con piruetas, rizos, contorsiones y acrobacias que gastan energía pero no alimentan el cuerpo; quizás el espíritu, pero yo no sé si tengo adentro una de esas cosas. Debo entrar. Aquí he comido varias veces y mi trompa se ha deleitado con sabores muy variados, tan diferentes del nutritivo pero maloliente estiércol de la calle, siempre segura despensa para el necesitado. Hoy quiero algo especial para la cena. Mis pantallas visuales son poderosas pero no infalibles para las trampas de un territorio ajeno, ondas sonoras hostiles, papeles gomosos, rejillas y cuanto otro invento convierten un lugar confortable y acogedor en una fortaleza casi inexpugnable o un campo minado. Buscaré por los desfiladeros de las altas molduras, lugares de suyo más seguros, por estar alejados del alcance natural de

Doncan

la mano que todo lo domina. ¿Y si un día me internara en lo alto del cielo?, soñé una noche, ¿qué encontraría? ¿Cómo se verá todo desde esa incalculable altura? Aquello podría tomar largo tiempo y yo, hoy no me siento la misma de ayer, parece que el mío corre más veloz de lo que yo puedo volar. Allá vislumbro la puerta del comedor. Siempre quedan sobre el mantel sustanciosos lagos de salsa, sabrosos jugos de carne, almibarados goterones que me sacian hasta llevar a una narcótico trance mi repertorio de sabores y gustos. Son las Bíblicas migajas que caen de la mesa y comen los perritos de la casa. Ya casi las estoy lamiendo... ¡Ohhhh, qué es esto!

Voy camino del sitio de impacto, guiada por mi malla. Apenas diviso el bulto, enrollado sobre si mismo, recogido cual ovillo por el temor, por un ala rota a causa del vano esfuerzo por intentar liberarse, por el frío de la cercanía del destino final. ¡Qué otra cosa puede aguardar a un insecto en esta red? Es una mosca doméstica, una común y corriente, ni siquiera una exótica con tonos multicolores y brillos tornasol en su cuerpo. Tiembla toda ella con un tremor que me causa repulsión. Intentaré tranquilizarla acunándola con los tonos y vibraciones de mi arpa, que ejecuto con la maestría de una melodiosa composición, aunque se trate de un réquiem para una mosca. Como un avezado intérprete pulso las cuerdas con disonancias y armonías contrapuestas, pero con una cadencia de arrullo suave, cada vez más envolvente, intentando explicarle que aquello es la vida, la vida misma, con sus altibajos, que el goce de volar, aunque fuera por alimento, es envidiable y único y que si ahora todo termina un poco antes o terminara por azar

Doncan

después de lo esperado, da casi igual. El final no cambia. Es una crónica anunciada para todos los vivientes, es el drama de no aceptar desde el mismísimo principio la existencia del fin, aquel que da sentido al tiempo, que permite que existan las fechas y conmemoraciones. ¿Qué sería de todos nosotros sin un final? Principio y fin son tan naturales que no puede existir uno sin el otro. Ahora parece que se aquietó, quizás ya se ha reconciliado consigo misma, con su destino. Preparo mi ánimo y mis instrumentos.

Qué terror. Y yo creía sentirme segura en aquellas alturas, a salvo de peligros por debajo, pero esta amenaza suave y sedosa colgaba como la malla que protege al trapecista. Pero esto no es un circo, es otro espectáculo, es una cruel arena de circo, es la vida misma, la miserable vida de una mosca que dura pocas semanas, condenada a una penosa existencia dominada por pulsiones y reflejos que únicamente sirven para perpetuar la especie, comer y reproducirse, sin otra inquietud. ¡No hay acaso un dios de las moscas a quien clamar o reclamar por semejante sino! ¿Quién puede encontrarle sentido a semejante disparate? Se habla de las aves del cielo y no de las moscas, como si no contáramos, cual escorias fabricadas con material de sobras. ¡No es justo! Clamo aquí y ahora a ti, dios de los insectos, te hago responsable de este inútil sacrificio, de este descalabro y despropósito de canibalismo que planeaste desde siempre, para la supervivencia del más fuerte ¡y tú siempre eres el más fuerte!, pero sólo para tus propósitos y caprichos. ¡Muéstrame ahora toda tu magnificencia o calla con ominosa vergüenza!

La araña, sorprendida por aquella inesperada declamación, espontánea y ferviente oración para un dios que no era el suyo -pues los arácnidos, a causa de sus ocho patas tienen otra deidad- se conmovió. De un lado, por el sentido discurso pero también para dar un compás de espera, ante la incertidumbre de una eventual acción divina redentora del insecto peticionario que pudiera entrañar un riesgo. Ella nunca había invocado al dios de los arácnidos, por lo que desconocía sus poderes y se prestaba a dudas una contienda entre ellos, en defensa de sus protegidos.

De todas formas, quiso comprobar el estado del caído en su trampa, para decidir si aquella espera tenía sentido o bien si procedía derechamente con la cena. Ya era más que hora. Al llegar junto a la casi inerte mosca solo se percató que sus ojos panorámicos se movían como radares desbocados que intentaban detectar la presencia de su salvadora divinidad. La araña, entendiendo que aquel dios no iba a comparecer, decidió un último momento de inflexión en la línea del destino, aunque ya parecía demasiado tarde a juzgar por el estado de la mosca: invocó al dios de los arácnidos para que le indicara la conducta adecuada, pues hasta entonces no le había tocado semejante disyuntiva con una mosca creyente. Quizás todas las anteriores fueran agnósticas. Esperó con cierta impaciencia unos momentos y cuando ya los jugos gástricos comenzaban asomar por sus palpos maxilares, sin necesidad de activar sus glándulas venenosas, la mosca se volteó y con una última mirada que languidecía le susurró: “mira, nuestros dioses no están preocupados de lo que comemos, ni de si nos comemos unos a otros,

Doncan

sino solo de nuestras oraciones y alabanzas. Creo que me gustaba volar y si esta es mi suerte, que tengas buen provecho”.

Acto seguido, cuando la araña se disponía a clavar sus quelíceros en la aún tibia masa de queratina, contenida en un suave envoltorio de alas plegadas y finas líneas de seda, una imponente avispa San Jorge atravesó con su potente aguijón el cuerpo de la araña, como hiciera su santo Patrono con el Dragón, quizás como un postrero ángel guardián, enviado por el tardo dios de los insectos.